



EL TIEMPO DE LA PASIÓN

(1ª Parte: de Sábado de Lázaro a Miércoles Santo)

El sábado de Lázaro

La Cuaresma propiamente dicha acaba el viernes que sigue el quinto domingo de Cuaresma: el periodo de cuarenta días se cierra en ese momento. El tiempo de la Pasión se extiende desde el final de la Cuaresma hasta la fiesta de la Resurrección, anticipada al sábado santo. Así, comprende el sábado que sigue al quinto domingo de Cuaresma, llamado "sábado de Lázaro", y los seis primeros días de la semana santa.

El sábado de Lázaro ocupa un lugar muy especial en el calendario litúrgico. Está fuera de los cuarenta días de penitencia de Cuaresma; está también fuera de los días dolorosos de la semana santa, los incluidos entre el lunes y el viernes. Con el domingo de Ramos, forma un corto prelude alegre a los días dolorosos. Un vínculo topográfico lo une al domingo de Ramos: Betania es el lugar de la resurrección de Lázaro y también el punto de salida a la entrada de Jesús en Jerusalén¹. El acontecimiento que conmemora este sábado es la resurrección de Lázaro. Este acontecimiento, como veremos, está muy cargado de sentido. Está misteriosamente vinculado a la resurrección de Cristo; juega con relación a esta, el papel de una profecía en acto. Se podría decir que Lázaro resucitado nos es presentado, en el umbral de la fiesta de Pascua, como el precursor de Jesucristo vencedor de la

¹ En el siglo IV, la celebración de la semana santa en Jerusalén se iniciaba el sábado, vigilia del domingo de Ramos, con un servicio en el santuario de **Lazarium**, en Betania.

muerte, al igual que Juan el Bautista era, en la vigilia de la Epifanía, el precursor del Mesías que iba a ser revelado. Pero, aparte de su significado principal con relación a la resurrección de Cristo, la resurrección de Lázaro tiene aspectos secundarios sobre los que será bueno que nuestra meditación se detenga.

La epístola leída en la liturgia (Hebreos 12, 28-13,8) no tiene relación con la resurrección de Lázaro. Sin embargo, uno de los versículos "Acordaos de los presos, como si estuvierais con ellos encarcelados, y de los maltratados, pensando que también vosotros tenéis un cuerpo" se podría aplicar, por una exégesis espiritual, a la compasión de Jesús por Lázaro. La epístola contiene diversos preceptos morales: perseverar en la caridad fraterna, practicar la hospitalidad, no profanar el matrimonio, obedecer a nuestros superiores. Aquellos que estarían tentados de pasar rápidamente sobre estas recomendaciones éticas, juzgándolas importantes sin duda, pero rudimentarias en suma, deberían leer con atención tres versículos que las encuadran, uno al inicio, otro hacia la mitad y otro al final: "Pues nuestro Dios es fuego devorador... pues él ha dicho: No te dejaré ni te abandonaré... Jesucristo es el mismo, y lo será siempre". Pues las más altas verdades espirituales no se separan de los simples imperativos prácticos que son la moneda necesaria.

El evangelio (Juan 11, 1-45) relata el episodio de la resurrección de Lázaro². La interpretación de este suceso nos la da la Iglesia en los cantos de maitines. Escuchemos esta interpretación:

"Cuando has querido... oh mi Salvador, verificar tu gloriosa Resurrección, has liberado a Lázaro del Hades...". Se encuentra expresado aquí el significado principal de la resurrección de Lázaro. Ha sido, como lo dice el poema sagrado en un lenguaje un poco extraño, pero penetrante, la "verificación" anticipada de la resurrección de Cristo, una prueba preliminar del poder de Jesús sobre la muerte. "Cristo ha liberado a tus cautivos, oh muerte, en la persona de Lázaro... Antes de tu muerte, has debilitado el poder de la muerte". La Iglesia establece un cierto vínculo entre esta victoria de Cristo sobre la muerte y la entrada triunfal en Jerusalén, que será conmemorada mañana. "Muerte, ¿dónde está tu victoria?... Le ofrecemos las ramas de la victoria triunfal... Como los hijos, llevamos las insignias de la victoria y te aclamamos, vencedor de la muerte".

En segundo lugar, la resurrección de Lázaro anuncia la resurrección de los muertos, consecuencia de la resurrección de Jesús: "Oh Cristo, cuando has resucitado a Lázaro de entre los muertos, has establecido el principio de la resurrección universal... Le has resucitado, Tú, el donador de vida, confirmando de esta manera la resurrección del mundo... Por la mediación de tu amigo, has presagiado la liberación de la humanidad de la corrupción". El sábado de Lázaro es en cierto modo la fiesta de todos los muertos. Nos aporta la ocasión de confirmar y precisar nuestra fe en la resurrección. Nuestro Señor, rectificando el estado de espíritu de Marta, nos da con respecto a nuestro difunto una enseñanza preciosa. Jesús había dicho a Marta: "Tu hermano resucitará", Marta le responde: "Ya sé que resucitará en la resurrección, el último día". Y Jesús dice: "Yo soy la resurrección". La fe de Marta era inadecuada en dos puntos. Marta proyectaba en el futuro, y sólo en el futuro, la resurrección de su hermano. Después, concebía esta resurrección sólo en relación a una especie de ley general. Pero

² De la persona de Lázaro, no sabemos más que lo que dice el Evangelio: a saber, que Lázaro era hermano de Marta y de María de Betania, amigo de Jesús, y que fue resucitado por nuestro Señor. Más tarde, un ciclo de leyendas se formó sobre Lázaro: este y sus hermanas, abandonados por los judíos en el mar en una barca sin velas, remos ni timón, habrían desembarcado milagrosamente en las costas de Provenza. Lázaro habría evangelizado el sur de Francia y se habría convertido en el primer obispo de los marseleses. Estas leyendas parecen haber tenido origen en el hecho de que un cierto Lázaro, obispo de Aix, en el siglo V y consagrado a los marseleses, habría residido en Palestina.

Jesús indica que la resurrección es un hecho ya presente, porque Él mismo **es** (y no **produce**) la resurrección y la vida. Nuestros difuntos viven por y en Cristo. Su vida está ligada a la presencia personal de Jesús y se manifiesta en ella. Si buscamos unirnos en espíritu a un muerto que hemos amado, no intentemos hacerlo revivir a través de nuestra imaginación, sino que entremos en contacto con Jesús, y lo encontraremos en Jesús.

En tercer lugar, la resurrección de Lázaro es una ilustración maravillosa del dogma cristológico. Nos muestra cómo, en la persona de Jesús, la naturaleza divina y la naturaleza humana se unen sin confundirse: "Oh Cristo, por tu venida a la tumba de Lázaro has confirmado, para nosotros, tus dos naturalezas...". Por una parte en Jesús, el hombre puede ceder a la emoción y afligirse por la pérdida de un amigo: "... Jesús se echó a llorar. Los judíos entonces decían: Mirad cómo le quería". Por otra, Dios, en Jesús, puede mandar a la muerte con autoridad: "... gritó con fuerte voz: ¡Lázaro, sal fuera! Y salió el muerto...".

Finalmente, la resurrección de Lázaro incita al pecador a esperar que, incluso si está espiritualmente muerto, podrá revivir: "Igualmente te ruego, Amigo de los hombres, que me resucites, a mí que estoy muerto por mis pasiones...". A veces esta resurrección espiritual parece tan imposible como la de Lázaro: " Señor, ya huele; es el cuarto día...". Pero todo es posible para Jesús, tanto convertir al pecador más endurecido como resucitar a un muerto: "Dice Jesús: Quitad la piedra...".

Esto es lo que aprendemos si vamos en este sábado a Betania, a la tumba de Lázaro. Pero no es a Lázaro a quien queremos ver. En Betania, queremos encontrar a Jesús y comenzar con Él, cerca de Él, esta semana santa. Jesús nos invita y nos espera. Marta viene a decir en secreto a su hermana: "El Maestro está ahí y te llama". Y María, "en cuanto lo oyó, se levantó rápidamente, y se fue donde Él". El Maestro me llama. Quiere que, durante los días de su Pasión, no le abandone. Quiere, en estos días, revelarse a mí - que puede que "ya huele"- de una manera nueva y suprema. Maestro, vengo.

La Semana Santa

Entramos ahora en la semana más sagrada del año³. Se inicia por la fiesta de la entrada de Jesús en Jerusalén que, como ya hemos dicho, forma, con la resurrección de Lázaro, un prelude alegre y glorioso a los dolorosas humillaciones que van a seguir. El lunes, el martes y el miércoles de la semana santa son una preparación para la Pasión. Tienen ya un acentuado carácter de duelo y de penitencia. El jueves, el viernes y el sábado de la semana santa pertenecen a las solemnidades pascuales. Cada uno de estos tres días nos manifiesta un aspecto particular de los misterios de Pascua. Se podría decir que este misterio tiene tres aspectos que corresponden cada uno a un día: el jueves santo, el viernes santo, el sábado santo. Se podría decir también que los tres aspectos corresponden cada uno a un lugar: la cámara alta, el Gólgota, el santo sepulcro. El jueves santo conmemora el misterio de la cámara alta, el viernes santo el misterio del Gólgota, el sábado santo el misterio de la tumba de Cristo. El

³ La semana que precede al domingo de Resurrección es llamado por los griegos la "santa y gran semana", por los latinos "gran semana" (**hebdomada major**) o "semana santa" (**hebdomada sancta**). Los rusos llaman "semana de la Pasión"; este nombre se presta a confusión, pues los latinos llaman "semana de la Pasión" (**hebdomada Passions**) a la semana que precede al domingo de las Palmas y que los griegos llaman "semana de ramos". Resalta de los documentos históricos que la semana santa era celebrada en casi todo el mundo cristiano a finales del siglo IV, con oficios especiales y ayunos particularmente estrictos. Tenemos numerosas y preciosas informaciones sobre la celebración de la semana santa en Jerusalén en estas épocas, gracias al relato que nos dejó, hacia el 388 una testigo ocular, la peregrina Egeria.

jueves, en la cámara alta, Jesús, por una acción sacramental, anuncia y figura, consagra y ofrece lo que va a suceder los días siguientes. El viernes, sobre el Gólgota, Jesús, por su muerte sobre la cruz, cumple nuestra redención. El sábado, Jesús reposa en la tumba; pero la Iglesia, anticipándose a la fiesta del domingo de Pascua, nos habla ya de la victoria conseguida por nuestro Salvador sobre la muerte. Esta anticipación de la Resurrección, el sábado santo, nos permite decir que el misterio de la resurrección de Cristo, triunfalmente celebrado el domingo de Pascua, pertenece ya, aunque de una manera incompleta, a la semana santa. Y así esta constituye un resumen de la economía entera de nuestra salvación.

Sería un gran error querernos aproximar a uno de los aspectos del misterio pascual sin incluir los otros. La palabra "Pascua", en el lenguaje tradicional de la Iglesia, no designa sólo el domingo de la Resurrección. Recubre el misterio eucarístico, el misterio de la cruz y el misterio de la tumba vacía. El jueves santo, el viernes santo, el sábado santo y finalmente el domingo de Pascua forman un mismo y único misterio pascual. Todo este conjunto es la transposición cristiana de lo que los judíos llamaban "la Pascua"⁴, es decir el pasaje. Los elementos de este misterio judío de pasaje correspondían a los de nuestro misterio pascual. Había la cena donde era consumido el cordero. Había la sangre del cordero, signo de salvación para las casas cuya puerta estuviera pintada y que el ángel de la muerte evitaba. Había la travesía del mar Rojo, la salida del territorio de Egipto y de la servidumbre, la separación milagrosa de las aguas y el pasaje a tierra firme y finalmente la llegada a la otra orilla, la orilla de la libertad y de la esperanza. La semana santa no tendrá para nosotros su verdadero sentido si no hacemos de ella "una pascua", un pasaje de la muerte a la vida.

Hemos dicho que el tiempo de Navidad y de Epifanía expresaba de alguna manera la "primera conversión" del alma, la primera manifestación de Jesús, su primer encuentro con nosotros, el inicio de la vida común del Maestro y del discípulo. El tiempo de la Pasión o más bien, el misterio pascual entero expresa la "segunda conversión", la confrontación del discípulo con la cruz y la tumba de su Maestro. No es ya suficiente seguir a Jesús por las rutas de Galilea, por los caminos de su peregrinaje terrestre, y abandonarse a su amistad, a esta dulcísima intimidad (que han roto tan frecuentemente nuestras infidelidades y que, sin embargo Jesús estaba siempre dispuesto a reanudar). La semana santa nos presenta el ministerio u oficio redentor de Cristo más que su persona. Nos ofrece la gracia objetiva y la experiencia interior de la salvación por Cristo. Sitúa ante nosotros las grandes realidades a las que estamos invitados a tomar parte: conciencia del pecado, arrepentimiento, sustitución del Cordero de Dios por el pecador para reparar el pecado, sacrificio de la cruz, aceptación por Dios de este sacrificio manifestado en la Resurrección. Estamos llamados a dejar fluir la sangre de Cristo sobre nuestras plagas espirituales, a unirnos a la muerte sacrificial del Salvador para ser así unidos a su vida nueva. **Mors et vita**, morir en Cristo y revivir en Cristo: tal es la segunda conversión, tal es la prueba a la que nos invita la semana santa. Deberíamos acercarnos a los misterios de esta semana -que son los misterios de Cristo, pero también nuestros propios misterios- temblando y no obstante con una confianza infinita. "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único⁵... Nadie tiene mayor amor que el que da su vida⁶...". Oh mi Salvador, hazme conocer, durante esta semana, el significado profundo del don del Hijo único por su Padre, del don que el Hijo ha hecho de su propia vida, y de este "mayor

⁴ Los griegos hacían derivar la palabra "**Paskha**" del verbo griego **paskhein**, "sufrir", pero en realidad esta palabra proviene del término hebreo **pessah**, "paso".

⁵ Juan 3, 16.

⁶ Juan 15, 13.

amor" que revela el misterio pascual; y hazme conocer lo que implica, por mi parte "el don de la vida" y el "mayor amor".

"He aquí que viene a ti tu rey (Domingo de Ramos)

Desde el primer día de la semana santa, tenemos que "recibir" a Jesucristo y aceptar como soberana su voluntad sobre nosotros. Esta acogida al Cristo que viene a nosotros es el sentido del Domingo de Ramos⁷.

En las vísperas del domingo, celebradas el sábado por la tarde, leemos tres lecturas del Antiguo Testamento. La primera, extraída del Génesis (49,1-2, 8-12), contiene los últimos consejos de Jacob a sus hijos; este pasaje ha sido escogido porque hace alusión, en algunas palabras, al "báculo", al "pollino" a la "sangre de uvas" que lava los vestidos, -todas aquellas cosas a las que la entrada de Jesús en Jerusalén antes de su Pasión da un sentido nuevo: "No se irá de Judá el báculo, ... hasta tanto que se le traiga el tributo y a quien rindan homenaje las naciones. El que ata a la vid su borriquillo y a la cepa el pollino de su asna; lava en vino su vestimenta, y en sangre de uvas su sayo". La segunda lectura, sacada del profeta Sofonías (3, 14-19), anuncia también la presencia consoladora del rey: "Lanza clamores, Israel... ¡ El Señor, Rey de Israel, está en medio de ti, no temerás ya ningún mal!" La tercera lectura es la de la profecía de Zacarías (9, 9-15) que encuentra su cumplimiento el día de Ramos: "¡Exulta sin freno, hija de Sion, ... He aquí que viene a ti tu rey: justo él y victorioso, humilde y montado en un asno, en un pollino, cría de asna"⁸.

Los cánticos de maitines nos invitan a ir, también nosotros, ante el Rey que viene: "Vayamos con ramos a alabar a Cristo, nuestro Maestro... El Señor Dios nuestro se nos ha aparecido; celebremos la fiesta. Regocijémonos y exaltemos a Cristo. Al igual que los ramos y las palmas, elevemos nuestras voces hacia Él alabándolo...Llevamos también ramos de olivo y palmas, clamando hacia Ti en reconocimiento: "Hosanna en las alturas. Bendito el que viene en nombre del Señor". El evangelio que se lee en maitines (Mateo 21, 1-11, 15-17) describe la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén⁹. Hacia el final de maitines, el obispo o el sacerdote pronuncia una oración de bendición sobre las palmas o ramos que se distribuyen después a los fieles.

⁷ Los griegos y los latinos dan conjuntamente este nombre al domingo que precede a Pascua. Sabemos que, desde el 397, se bendecían palmas este domingo en las iglesias de Mesopotamia. En Jerusalén, hacia la misma fecha, el domingo de Ramos era celebrado así: Los fieles se reunían al amanecer en la Anastasis (iglesia del Santo Sepulcro); de allí, iban hacia el Martyrium (iglesia del Gólgota) donde se celebraba el servicio ordinario del domingo. Al inicio de la tarde, salía una procesión hacia el Monte de los Olivos, donde se celebraba un oficio. Hacia las tres, la procesión se dirigía al Imbomon, lugar donde, según una tradición, habría tenido lugar la Ascensión del Señor. Se celebraba otro oficio. Hacia las cinco la procesión descendía a Jerusalén, los niños llevaban palmas y ramas de olivo, y se cantaban las vísperas en la Anastasis. Unas oraciones en el Martyrium acababan la jornada.

⁸ El profeta quiere oponer a la imagen clásica de los reyes subiendo a carros o caballos una imagen nueva: un rey cuya entrada en su propia capital es una manifestación de humildad. El asno es lo contrario del caballo, que sugiere guerra y conquista.

⁹ El relato de Mateo reproduce, con ligeros retoques, el relato de Marcos (11, 1-11). Mateo hace de Betfagé el punto de salida de la entrada en Jerusalén, mientras que Marcos menciona a la vez Betfagé y Betania. Betfagé significa "casa de los higos verdes". ¿Hay algún vínculo entre este nombre y la maldición de la higuera estéril, al inicio de la última semana de la enseñanza de Jesús?

En la liturgia¹⁰, la epístola de San Pablo a los filipenses (4, 4-9) nos anuncia la proximidad del Señor: “Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres... El Señor está cerca”. El evangelio (Juan 12, 1-18) cuenta la última unción a los pies de Jesús realizada por María en Betania –la Iglesia llamará nuestra atención sobre este episodio la mañana del miércoles santo- después de la entrada en Jerusalén. La bendición final comienza así: “Oh Tú, que por nuestra salvación, has querido sentarte en un pollino, hijo de asna... etc.”.

Intentemos ahora recoger algunas de las enseñanzas de este domingo.

“He aquí que viene a ti tu Rey...” Jesús viene hoy como nuestro rey. Es más que el Maestro instruyendo a sus discípulos. Nos reclama que aceptemos en todo su voluntad y que renunciemos a nuestros propios deseos. Viene a nosotros para tomar posesión solemne de nuestra alma, para ser entronizado en nuestro corazón.

“A ti...”. Jesús no viene solamente hacia la humanidad en general. Viene hacia cada uno de nosotros en particular. “Tu Rey...” Jesús quiere ser **mi rey**. Es el rey de cada uno de nosotros en un sentido único, totalmente personal y excepcional. Pide una adhesión, una obediencia interior y íntima.

Este rey es “humilde”. Viene a nosotros sobre un pobre animal, símbolo de humildad y de dulzura. Un día vendrá en su gloria para juzgar el mundo. Pero hoy descarta toda apariencia de majestad o de poder. No pide ningún reino invisible. Sólo quiere reinar en nuestros corazones: “Dame, hijo mío, tu corazón”¹¹.

Y sin embargo la muchedumbre tenía instintivamente razón cuando aclamaba a Jesús como el rey visible de Israel. Jesús es el rey, no sólo de los individuos, sino de las sociedades humanas. Su realeza es social. Se extiende tanto al dominio político y económico como al dominio moral y espiritual. Nada es extraño a la señoría de Jesús¹².

El gentío que aclamaba a Jesús llevaba palmas y ramos. Estos ramos eran probablemente ramos de olivo, –el árbol que más abunda cerca de Jerusalén. Las palmas y los ramos de olivo tienen cada uno de ellos un significado simbólico. La palma expresa la victoria, el olivo expresa la paz y la unción. Vayamos ante Jesús rindiendo homenaje a su fuerza y a su ternura a la vez, ofreciéndole nuestras victorias (que son sus victorias) sobre nosotros mismos y sobre el pecado, y nuestra paz interior (que es su paz).

“La gente, muy numerosa, extendió sus mantos por el camino...”. Echemos a los pies de Jesús nuestros vestidos, nuestras posesiones, nuestra seguridad, nuestros bienes exteriores, y también nuestras falsas apariencias y por encima de todo, nuestras ideas, nuestros deseos, nuestros sentimientos. Que el rey triunfante pise con sus pies todo lo que es nuestro. Que todo lo que no es precioso le sea sometido y ofrecido.

¹⁰ La liturgia de este domingo es la de San Juan Crisóstomo.

¹¹ Proverbios 23, 26.

¹² Ciertas Iglesias –sobre todo las que se apoyan en el Estado (particularmente las Iglesias ortodoxa y luterana)- han aceptado con demasiada frecuencia la autoridad del Estado como suprema e indiscutible en materia de ética social, nacional e internacional. Se ve a tal o cual de estas Iglesias aclamar y bendecir un Estado que ahora combate y oprime al cristianismo. La Iglesia romana predica a Cristo Rey y ha instituido una fiesta de la realeza de Cristo; pero sus silencios, en ciertos casos recientes, han afligido muchas almas que esperaban de ella ciertas palabras precisas. En Bizancio, el cesaro-papismo se desarrollaba en el mismo momento en que los decoradores de las iglesias les gustaba representar a Cristo con los atributos de la soberanía: Herodes también coronaba a Jesús y lo vestía de púrpura, a su manera...

La gente gritaba: “¡Hosanna¹³... ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!”. Si soy capaz de pronunciar esta frase con total sinceridad y con una sumisión total, si expresa un entusiasmo de todo mi ser hacia el Rey que de ahora en adelante acepto, me he apartado, en este mismo segundo, de mis pecados y he recibido en mí a Jesucristo. ¡Que sea bienvenido y bendito, el que viene a mí!

Como la luz se levanta en Oriente (Lunes Santo)

Hay un contraste impresionante entre el “espíritu” del Domingo de Ramos y el “espíritu” del Lunes santo. El Domingo de Ramos nos hablaba de la venida del Rey. El Lunes santo anuncia el retorno del Hijo del Hombre, en el fin de los tiempos. Pero, mientras que la entrada de nuestro rey en Jerusalén – y su entrada ahora en nuestra alma, si queremos- es una manifestación de humildad y de ternura, el segundo advenimiento que la Iglesia medita el Lunes santo tendrá el carácter de una catástrofe repentina y violenta. Jesús, antes de morir, quiere hacer a los hombres una grave advertencia.

En las vísperas del Lunes santo, celebradas por la tarde del Domingo de Ramos, la Iglesia indica la transición: “apresurémonos, creyentes, a pasar de una fiesta divina a la otra. De los ramos y las palmas, orientémonos hacia el cumplimiento de los sufrimientos salvíficos de Cristo”. Las vísperas son seguidas inmediatamente por un oficio matinal especial, llamado “oficio del Novio”. Después de los salmos de maitines y los **alleluia**¹⁴, se canta lentamente un tropario, que comienza así: “El novio viene en mitad de la noche. Feliz el servidor a quien encontrará despierto. Pero al que encuentre negligente será juzgado indigno. Presta pues atención, alma mía, a no caer en un sueño profundo...”. Los **Kathismata**¹⁵ anuncian la Pasión de Cristo: “En verdad, en este día, la pasión se revelará al mundo como luz de salvación... En verdad, este día indica y anuncia plenamente la Pasión del Señor”. Después se oye un fragmento del evangelio según San Mateo (21, 18-43). Este fragmento evangélico puede ser dividido en tres partes. La primera cuenta cómo Nuestro Señor maldice una higuera que se secó en seguida. La aplicación espiritual es evidente: esta higuera tenía hojas, pero no tenía ningún fruto; así, es maldito el hombre cuya alma da una apariencia de fecundidad y sin embargo permanece estéril. La segunda parte cuenta una controversia entre Jesús y los sacerdotes, en el templo: “¿Con qué autoridad haces esto? - Jesús les respondió: «También yo os voy a preguntar una cosa; si me contestáis a ella, yo os diré a mi vez con qué autoridad hago esto. El bautismo de Juan, ¿de dónde era?, ¿del cielo o de los hombres?”. Silencio de los sacerdotes que temían comprometerse por una respuesta negativa o positiva. La tercera parte contiene dos parábolas. Primero la de los dos hijos que el padre envía a trabajar a su viña; uno se niega a ir, pero después se arrepiente y va; el otro acepta, pero no va; así “los publicanos y las ramera llegan antes que vosotros al Reino de Dios”. Después la parábola de la viña en que los labradores matan a los siervos enviados por el dueño e incluso al hijo de este; su castigo

¹³ En tiempos de Cristo, entre la población que no hablaba ya el hebreo, la palabra hebrea **Hosannah** había perdido su fuerza y su sentido primitivo. Se había convertido simplemente en una especie de aclamación, un grito de alegría o de bienvenida. Se empleaba con este sentido en la fiesta de los Tabernáculos, llamada “día del hosannah”. Pero, originalmente, la palabra **Hosannah** tenía un sentido muy fuerte: “salva ahora, reza”. Las implicaciones del término eran netamente mesiánicas. Es en este sentido profundo que el Espíritu Santo, en la entrada de Jesús en Jerusalén, ha puesto esta palabra en los labios de la muchedumbre, sin que esta fuera consciente.

¹⁴ La Iglesia griega multiplica los **alleluia** durante la Cuaresma y la semana santa, mientras que la Iglesia latina los suprime durante estos mismos periodos. La noche de Pascua, los judíos cantaban el “Hallel de Egipto” es decir seis salmos en los que reaparece el **alleluia**. Es probable que Jesús y sus discípulos cantaran estos salmos antes de abandonar la Cámara Alta para ir a Getsemaní. La palabra **alleluia** significa: “Alabanza a Ti, Señor”.

¹⁵ Se llaman “kazismas” a ciertas porciones del oficio durante los que está permitido sentarse.

será terrible¹⁶, pero la piedra que los constructores habían rechazado se convertirá en la piedra angular del edificio. Las odas del canon hacen varias alusiones al patriarca José; odiado y vendido por sus hermanos, encarcelado, José es una figura del Cristo sufriente..

Durante los oficios que preceden a la liturgia de los pre-santificados (sexta y vísperas), se leen tres profecías. Se oye primero los veinte primeros versículos del libro de Ezequiel: la visión de los cuatro evangelistas alados, que tienen cada uno cuatro caras y que son llevados por el soplo del espíritu. Una interpretación alegórica, muy tardía por otro lado, ha visto en estos cuatro seres los cuatro evangelistas. Parece que este pasaje se lee hoy, no porque haya una relación directa con el lunes santo o la semana santa, sino simplemente por es el inicio del libro de Ezequiel, que se leerá durante la semana. Oímos después el primer capítulo del libro del Éxodo, que habla de los sufrimientos del pueblo judío, cautivo en Egipto. La elección de este pasaje es muy natural, pues el libro del Éxodo es el relato de esta liberación de Israel, del que la Pascua es la transposición cristiana. Por último, se oye el principio del libro de Job (1, 1-12): este, en sus aflicciones, es una figura de Jesucristo. En la liturgia¹⁷, el evangelio según San Mateo (24, 3-35) retoma el tema del segundo y temible advenimiento de Cristo, acompañado de catástrofes, tinieblas, guerras y una tribulación “Porque habrá entonces una gran tribulación, cual no la hubo desde el principio del mundo hasta el presente ni volverá a haberla”. Uno de los versículos de esta porción del evangelio resume bien toda la enseñanza del lunes santo: “como el relámpago sale por oriente y brilla hasta occidente, así será la venida del Hijo del hombre”.

"Estad preparados..." Martes Santo

El martes santo continúa desarrollando el tema de la vuelta de Cristo y del juicio que ejercerá sobre los hombres. Sin embargo, hay un matiz entre el tratamiento de este tema el lunes santo y su tratamiento del martes santo. Ayer, se ponía el acento en las condiciones objetivas de brusquedad y de terror del segundo advenimiento. Hoy, la Revelación divina insiste sobre todo en la vigilancia que las perspectivas del juicio nos imponen y sobre la preparación interior necesaria.

El oficio del martes santo comienza en la vigilia, el lunes por la tarde. Después de las grandes completas, el “oficio del Novio” se celebra como se había hecho el domingo por la tarde: constituye los maitines del martes. Hoy cantamos: “Amemos, hermanos míos, al novio que viene. Preparemos nuestras lámparas como las vírgenes sabias del Señor...” Leemos un largo evangelio (Mateo, 22,15 - 23,39): Jesús maldice a los sacerdotes, los fariseos y los escribas que le hacen preguntas capciosas y que, incapaces de entrar en el reino, lo cierran a los demás: “Ay de vosotros... hipócritas... Ay de vosotros, guías ciegos”¹⁸. Jesús se dirige con tristeza a Jerusalén: “¡Jerusalén, Jerusalén, la que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados!... se os va a dejar desierta vuestra casa”.

En la liturgia de los pre-santificados, continuamos las lecturas proféticas que comenzaron ayer. La visión de Ezequiel prosigue (1,21 - 2,1), finaliza en la manifestación de la gloria del Señor y la audición

¹⁶ Hemos leído ya este evangelio el 13º domingo después de Pentecostés. Ver el capítulo I del tomo I.

¹⁷ En tiempo ordinario, la liturgia de los presantificados no comporta ni epístola, ni evangelio. Su presencia aquí es una particularidad de la Semana Santa.

¹⁸ Las lecturas evangélicas de la Semana Santa corresponden hasta un cierto punto al orden histórico y cronológico de los acontecimientos. Las discusiones con los sacerdotes y los escribas y las parábolas del segundo Advenimiento se relacionan en efecto con la enseñanza que Jesús da, en el Templo, durante los primeros días de la última semana de su vida terrestre. Se hace patente entonces la oposición irremediable entre el mensaje de Jesús y la religión de los doctores oficiales del judaísmo.

de una voz que dice: “Hijo de hombre, ponte en pie, que voy a hablarte”. Dios nos dice en cada momento esta misma palabra; ¿queremos realmente oír lo que nos quiere comunicar? ¿Le escuchamos? ¿Cuánto tiempo pasamos cada día hablando espontáneamente con Él? Esta semana santa, ¿será un tiempo en el que le escucharemos?

Continuamos también la lectura del libro del Éxodo (2, 5-10): hoy leemos cómo Moisés, después de su nacimiento, fue expuesto en las aguas y salvado por la hija del faraón¹⁹; así, el pueblo de Israel fue salvado más tarde de las aguas del mar Rojo, y así nosotros somos salvados de las grandes aguas del pecado y de la muerte. En la continuación del libro de Job (1, 12-22), vemos cómo las desgracias caen sobre él, vemos también su resignación; “El Señor dio, el Señor quitó: ¡Sea bendito el nombre del Señor!”. El evangelio de la liturgia (Mateo 24, 36-26, 2), muy largo, comienza recordando que el Hijo del hombre vendrá de una manera súbita e inesperada; después Jesús desarrolla este tema en tres parábolas, la del siervo indigno a quien el señor sorprende volviendo “el día que no espera y en el momento que no sabe”, la de las vírgenes sabias y las vírgenes necias, y la de los siervos a los que el señor les pide cuentas de los talentos que les había concedido durante su ausencia; finalmente Jesús describe el juicio en el que recompensará a los que le han servido y castigará a los que le han ignorado en la persona de los enfermos, de los pobres, de los prisioneros, de los extranjeros. Hemos tenido ya la ocasión de meditar sobre esta asombrosa asimilación de Jesús con los miembros de su cuerpo místico²⁰. También hemos meditado ya sobre la parábola de los talentos²¹. Nos detendremos pues sólo sobre la parábola de las diez vírgenes. Hay en esta parábola dos puntos principales. La lámpara con la que hay que ir al encuentro del Novio no puede alumbrar si no está llena de aceite. El aceite simboliza la caridad. Sin el aceite de la caridad, no se puede obtener ese fuego, ese calor, esa luz que el Novio exige a los que reconocerá como suyos. Por otra parte, este aceite de la caridad, que es el único que hace posible la llama interior, no se puede “pedir prestado” a otros; debe ser una adquisición estrictamente personal; debe ser “comprado”, es decir obtenido por algún tipo de esfuerzo costoso. La intercesión de los santos y de toda la Iglesia es muy poderosa, pero ni los santos ni la Iglesia pueden substituir su aceite con el que nos hace falta comprar del Espíritu Santo, fuente de todas las unciones y de toda caridad. “Seremos juzgados sobre el amor”²²; ahora bien, no se presta el amor, no se pide prestado el amor: cada uno, a su propia cuenta o a su propio riego, ama o no ama; y, si no ama, no podrá ir ante el Novio, porque no tendrá aceite para su lámpara y porque será demasiado tarde para conseguirlo.

La conclusión que Nuestro Señor da a la parábola de las diez vírgenes puede servir también de conclusión a toda la oración del martes santo: “Estad preparados, porque en el momento que no penséis, vendrá el Hijo del hombre”. (Lucas 12, 40).

El evangelio de la liturgia finaliza con esta predicción de Nuestro Señor a los discípulos: “Ya sabéis que dentro de dos días es la Pascua; y el Hijo del hombre va a ser entregado para ser crucificado”.

¹⁹ Una aventura análoga se atribuye a Sargon 1º, rey de Babilonia. No hay que apresurarse a concluir que este relato del Éxodo deriva de un mito asirio-babilonio. El abandono —ya sea voluntario, o por necesidad— de niños en cestos flotantes era una costumbre frecuente y muy antigua, tanto en la región del Nilo como en la del Éufrates.

²⁰ Ver, en el capítulo 1 de este tomo, el evangelio del tercer domingo de la preparación para la Cuaresma.

²¹ Ver, en el capítulo 1 de este tomo, el evangelio del 16º domingo de la preparación para la Cuaresma.

²² Palabra de San Juan de la Cruz.

"¿Para qué este derroche? (Miércoles Santo)

El miércoles santo pone ante nosotros el contraste entre dos figuras, dos estados de alma. Está consagrado al recuerdo de dos actos: el acto de la mujer que vino a derramar un vaso de perfume sobre la cabeza de Jesús, en Betania, y el acto del discípulo que traicionó a su Maestro. Estos dos actos no están sin una cierta relación. Pues el mismo discípulo había protestado contra la prodigalidad aparente de la mujer.

Después de las grandes completas, la tarde del martes, se celebra, como los dos días precedentes, el "oficio del Novio". Los cantos hacen varias alusiones al "discípulo ingrato" y la "mujer adúltera". Sin embargo, el evangelio de maitines (Juan 12, 17-50) no se relaciona con el episodio de Betania. Nos dice cómo, en medio de uno de sus últimos encuentros con la gente, Jesús pide al Padre: "Glorifica tu Nombre" (¡Qué modelo de oración filial, desinteresada, adoradora y amante, nos da esta frase!) Una voz que viene del cielo dice: "Le he glorificado y de nuevo le glorificaré". La Pasión y la Resurrección de Jesús serán esta glorificación. Algunas frases de este evangelio anuncian directamente la Pasión: "En verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto... Ahora es el juicio de este mundo; ahora el Príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí".

En la liturgia de los pre-santificados, el miércoles, continuamos con la lectura de Ezequiel (2, 3 - 3,3): Dios manda al profeta ir sin temor entre los hombre y repetirles lo que oirá de la boca divina. Continuamos también con la lectura del Éxodo (2, 11-22): Moisés, mata a un egipcio que golpeaba a un hebreo, y huye al país de Madián, donde se casa. Continuamos después con el libro de Job (2, 1-10): Satán pide a Dios permiso para probar a Job en su misma carne, pero Job, cubierto de plagas, rehúsa maldecir al Señor, a pesar de las provocaciones de su mujer. El evangelio (Mateo 26, 6-16) cuenta la unción de Betania. Una mujer, que lleva un perfume precioso en un vaso de alabastro, lo

derrama sobre la cabeza de Jesús²³. Los discípulos²⁴ se indignan: “¿Para qué este despilfarro? Se podía haber vendido a buen precio y habérselo dado a los pobres”. Jesús responde por un elogio del acto de la mujer: “Porque pobres tendréis siempre con vosotros, pero a mí no me tendréis siempre. Y al derramar ella este unguento sobre mi cuerpo, en vista de mi sepultura lo ha hecho”. Judas Iscariote, uno de los doce, va entonces a encontrar a los sacerdotes: “¿Qué queréis darme, y yo os lo entregaré?”. Los sacerdotes acuerdan dar a Judas treinta piezas de plata²⁵.

Jesús ha aprobado el acto de la mujer, primero porque este acto era un homenaje anticipado dado a su muerte y a su sepultura, y además porque era la expresión de un gran amor que podía legítimamente dirigirse a Jesús, aún vivo por poco tiempo, más que a los pobres que estarán siempre ahí. Pero, ¿podemos encontrar en estas palabras de Jesús una orientación precisa para nuestra acción? Parece que sí. Por una parte, Jesús ha bendecido la prodigalidad de la mujer en razón de ciertas circunstancias muy especiales: la presencia visible de Jesús entre los hombres y la proximidad de su sepultura. Pero, ahora que estas circunstancias no existen ya, el deber es diferente. Sin condenar la utilización de la riqueza y la belleza al servicio de Dios, honraremos sobre todo en los miembros sufrientes del cuerpo místico a la Cabeza. Sería injurioso hacia Dios construir iglesias suntuosas, dejando al mismo tiempo a los pobres morir de hambre²⁶. Por otra parte, el episodio de Betania tiene un significado más general que la ofrenda de un frasco de perfume. Podemos ser pródigos hacia Jesús consagrándole, no sólo bienes materiales, sino también bienes invisibles: por ejemplo, una vida de oración, una vida ascética o contemplativa, algún sacrificio costoso e inútil en apariencia. El mundo

²³ Este episodio planea varias cuestiones. Primero, ¿hubo una o varias unciones de Jesús por una mujer durante los últimos días de la vida terrestre del Señor? Mateo y Marcos hablan de una unción que tuvo lugar “dos días antes de la Pascua”. Pero Juan (12, 1) parece indicar que la unción tuvo lugar “seis días antes de la Pascua”. Sin embargo, si releemos atentamente el relato de Juan, se ve que las palabras “seis días” de refieren a la llegada de Jesús a Betania, y no necesariamente a la cena en la que Jesús fue ungido. Se podría pues –sin excluir la posibilidad de dos unciones distintas- admitir que se trata probablemente de una sola y misma unción, que habría tenido lugar cuatro días después de la llegada de Jesús a Betania y dos días antes de la Pascua.

En segundo lugar, ¿quién era la mujer que ungió a Jesús? Mateo y Marcos no dan ningún nombre. Juan precisa que se trata de María de Betania, hermana de Marta y de Lázaro. En tercer lugar, María de Betania, ¿tiene que ser identificada con María de Magdala, “de la que habían salido siete demonios” (Lucas 8, 2), y esta, a su vez, tiene que ser identificada con la mujer pecadora que ungió los pies del Señor durante la cena de Simón el Fariseo (Lucas 7)? Se ha discutido durante siglos sobre esta identificación. Los datos evangélicos no permiten responder con certitud. Sin embargo, se podría decir que el cuarto evangelio más bien favorece la tesis de la identidad de María de Betania con María de Magdala y la mujer pecadora: se trataría de la misma mujer vista en momentos distintos. Pero una vez más, no se puede aportar una afirmación cierta. Contrariamente a la leyenda (falsa seguramente) según la que María de Betania habría ido a la Galia con Marta y Lázaro, una tradición griega supone que se retiró a Éfeso con la Virgen María, que murió, y que sus reliquias fueron llevadas a Constantinopla en el siglo IV.

²⁴ Mateo no nombra a ningún discípulo en particular, pero Juan (12, 4-6) atribuye las palabras de protesta a Judas Iscariote, hijo de Simón, “el que lo había de entregar” y añade “no decía esto porque le preocuparan los pobres, sino porque era ladrón, y como tenía la bolsa, se llevaba lo que echaban en ella”.

²⁵ Estas treinta piezas de plata corresponden a una profecía. Volveremos sobre ello con ocasión de la lectura del profeta Zacarías, durante los oficios de Prima del viernes santo.

²⁶ San Juan Crisóstomo vuelve varias veces sobre este tema con una elocuencia impresionante. Reprocha a algunos fieles ricos el que adornen los altares de las iglesias, mientras que descuidan a esos altares vivos –los pobres- levantados en cada esquina de la calle. “Habría que hacer esto sin descuidar lo otro”. E, insistiendo sobre la presencia de Cristo en los pobres, dice a los ricos: “Admite a Cristo al menos en tu cuadra”.

protestará como los discípulos protestaron en Betania: ¿para qué esta prodigalidad, este derroche? Una vida normal consagrada a los hombres, ¿no sería más útil? Y sin embargo la apreciación de los “valores de pérdida” constituye el nervio de toda religión viva. Si tenemos el deber de venir en ayuda de las miserias concretas y flagrantes, antes que el lujo cultural, tenemos el derecho, en lo que concierne a nosotros mismos, de derramar el perfume invisible sobre la cabeza de Jesús, es decir, de “perder” por Él (y en realidad de ganar) lo mejor de nuestra vida. Nuestro corazón es el primer vaso de perfume que debemos romper ante Él, para Él.

El caso de Judas es tan terrible y obscuro que no nos atrevemos a intentar explicarlo y entrar en él. Pero retengamos una frase del “Oficio del Novio del miércoles santo: “El discípulo ingrato, que habías colmado con tus gracias, las ha rechazado...”. Es posible rechazar la gracia, después de haber estado lleno. ¿Y cuántos cristianos hay que, en el curso de su vida, no han dicho a su pasión dominante, -la carne, el dinero, el orgullo-: “Estoy dispuesto a venderte a Jesús. Dime qué goces me procurarás, y te lo entregaré?”

En muchas iglesias, el sacramento de la unción se confiere, en la tarde o noche del miércoles santo, a todos los fieles que desean recibir un alivio espiritual o corporal.